

RAFAEL CALDERA

**CARACAS, LONDRES,
SANTIAGO DE CHILE:
LAS TRES ETAPAS
DE LA VIDA DE BELLO**



EDICIONES DE LA CASA DE BELLO

Títulos publicados

- EL SOLAR CARAQUEÑO DE ANDRES BELLO, por Alfredo Boulton
- LOS ANTEPASADOS DE BELLO, por David W. Fernández
- RESUMEN DE LA HISTORIA DE VENEZUELA, por Andrés Bello
- CARACAS EN EL EPISTOLARIO DE BELLO
- EL GRADO DE BACHILLER EN ARTES DE ANDRES BELLO
- LIBROS DE BELLO EDITADOS EN CARACAS EN EL SIGLO XIX, por Pedro Grases
- EL HELECHAL, POSESION RURAL DE LOS BELLO
- DOS TEXTOS DE ANDRES BELLO EN LA JUNTA CENTRAL DE VACUNA,
CARACAS, 1807-1808
- BIBLIOGRAFIA DE BIBLIOGRAFIAS VENEZOLANAS: LITERATURA
(1968-1978), por Horacio Jorge Becco
- BELLO Y CARACAS. Primer Congreso del Bicentenario
- LOS LIBROS DE MIRANDA
- TERESA DE LA PARRA. Bibliografía y otros trabajos
- JOSE JOAQUIN OLMEDO. Bicentenario de su nacimiento (1780-1980)
- BELLO Y LONDRES. Segundo Congreso del Bicentenario (2 vols.)
- EDICIONES CHILENAS DE ANDRES BELLO (1830-1893), por Horacio Jorge Becco
- BELLO Y LOS AMUNATEGUI, por Horacio Jorge Becco
- MEDIO SIGLO DE BELLISMO EN CHILE (1846-1900), por Horacio Jorge Becco
- RECUERDOS DE ANDRES BELLO, por Guillermo Feliú Cruz
- CARACAS, LONDRES, SANTIAGO DE CHILE: LAS TRES ETAPAS DE LA VIDA
DE BELLO, por Rafael Caldera

RAFAEL CALDERA

CARACAS,
LONDRES,
SANTIAGO DE CHILE:
LAS TRES ETAPAS DE LA VIDA DE BELLO

LA CASA DE BELLO
Caracas 1981

FUNDACION LA CASA DE BELLO

CONSEJO DIRECTIVO 1977/1980

OSCAR SAMBRANO URDANETA
DIRECTOR

RAFAEL CALDERA

PEDRO PABLO BARNOLA

PEDRO GRASES

JOSE RAMON MEDINA

LUIS B. PRIETO F.

J. L. SALCEDO-BASTARDO
VOCALES

COMISION NACIONAL PARA LA CELEBRACION DEL
BICENTENARIO DE DON ANDRES BELLO

Rafael Caldera
Presidente

Oscar Sambrano Urdaneta
Secretario

Pedro Pablo Barnola

Oscar Palacios Herrera

René De Sola

Fernando Paz Castillo

Pedro Grases

J. L. Salcedo-Bastardo

Manuel Vicente Magallanes

Luis Manuel Peñalver

José Ramón Medina

Pascual Venegas Filardo



RAFAEL CALDERA

**CARACAS, LONDRES,
SANTIAGO DE CHILE:
LAS TRES ETAPAS
DE LA VIDA DE BELLO**

LA CASA DE BELLO
Caracas 1981

LAS TRES ETAPAS DE LA VIDA DE BELLO

LA VIDA del insigne humanista caraqueño Andrés Bello estuvo marcada como pocas por la clara separación de tres etapas diferentes, ubicadas en tres puntos geográficos: Caracas, Londres y Santiago de Chile. En Caracas vivió 29 años; en Londres, 19; en Santiago, 36. La más larga y fructífera fue, a simple vista, la etapa chilena, adonde se trasladó previendo la cercanía de la vejez y donde Dios le dio la posibilidad de realizar un trabajo fecundo durante una infatigable y creadora madurez. La más corta fue la etapa londinense: en ella, sin embargo, contrajo matrimonio, enviudó y se volvió a casar, tuvo sus primeros ocho hijos (uno de los cuales dejó sus tiernos restos en la capital del Reino Unido), publicó sus mejores poesías y decantó su cultura al mismo tiempo que forjó su espíritu en la adversidad para el esfuerzo redoblado y fecundo. En Caracas, donde nació —no por casualidad— se hizo hombre, se formó su mente, se construyó la estructura básica de su sabiduría y se dispuso a afrontar el destino.

La Comisión Nacional del Bicentenario del Nacimiento de Don Andrés Bello, que me honro en presidir, consideró que la mejor preparación para los actos y jornadas del Centenario era la realización de tres congresos, a fin de explorar, profundizar y situar en su propio contexto, las tres etapas de la vida de Bello. Un Congreso sobre Bello y Caracas, otro sobre Bello y Londres y el tercero sobre Bello y Chile se llevaron a cabo con éxito superior al aspirado. Me tocó decir unas palabras en las oportunidades en que se instalaron solemnemente aquellos tres eventos. Esas palabras se enlazan necesariamente. Reunirlas en este folleto nos ha parecido pertinente, como para ayudar a enmarcar al egregio personaje dentro de su tiempo y de su circunstancia, o mejor, dentro de sus tres tiempos y de sus circunstancias. Hemos pensado que verlas juntas puede contribuir en el lector a precisar lo que cada una de esas etapas significó en la vida de Bello.

En varias ocasiones hemos usado metáforas del reino vegetal para diferenciarlas. A Bello se le ha considerado como un samán, el rey de los valles aragüeños al que se refirió el propio Don Andrés al destacar aquel campeón de Güere (o de "Hueres" como él decía) que tanto representa en la literatura venezolana. Yo le comparé con un bucare, para invocar su sombra sobre el humilde cafeto de mi tierra, con que me asimilaba cuando me atreví a presentar su biografía. Samán, bucare, ceiba, sus tres etapas representan: la profunda y sólida raíz (Caracas), el robusto tronco (Londres) y el frondoso ramaje lleno de frutos (Santiago de Chile). "La Colonia —decíamos en nuestro ensayo biográfico— forjó su raíz, base insustituible de su vida, premisa menospreciada por algunos, pero exigida y comprobada por la más juiciosa concepción histórica. Londres plasmó su tallo: el corpulento tallo de humanista, con la voluntad endurecida en el yunque de las amarguras. Y Chile, la patria hija, el pueblo cordialmente avizor y agradecido, fue el surco abierto ante los frutos que el árbol centenario había cuajado ya". Raíz, tronco, ramaje, Caracas, Londres y Santiago de Chile, esas tres etapas se armonizan, en sus diferencias, para explicar la vida maravillosa de Don Andrés Bello.

R. C.

EL ANDRÉS BELLO QUE VIAJO A LONDRES EN 1810

NADIE SE ATREVERÍA a negar que los diez y nueve años pasados en Londres le dieron a Andrés Bello una oportunidad excepcional para estudiar —en la Biblioteca del British Museum y en la particular del General Miranda— y lo pusieron en contacto con hombres, ideas e instituciones de primer rango, lo que contribuyó a abrir ante su poderoso intelecto los más amplios horizontes. Tampoco osaría nadie subestimar lo que significó para el volumen, la variedad y la trascendencia de su increíble producción, la oportunidad que le ofreció la generosa y estimulante hospitalidad de Chile, su segunda patria, durante otros 36 años. Pero a veces ha habido fácil inclinación por ignorar o menospreciar la madurez de su formación, la calidad de su cultura, la fuerza ya lograda por su personalidad cuando salió de Venezuela, el 10 de junio de 1810, y desde el camino de La Guaira le dio una última mirada a Caracas, para decir, muchos años más tarde: “¿quién me hubiera dicho que era en efecto la última?”

Es cierto que los historiadores no tienen derecho a formular hipótesis, imaginando hechos que habrían podido ocurrir pero que no sucedieron realmente. Sin embargo, a quienes no asumimos esa responsabilidad profesional que obliga al historiador a ceñirse a la búsqueda, explicación e interpretación de la realidad, nos plantea la imaginación ciertas preguntas que quedan necesariamente sin respuesta. Una de ellas viene a mi mente con insistencia que me impide eludirla: ¿qué habría sido de la América Latina si el bergantín “Wellington”, en que salieron para Londres Simón Bolívar, Luis López Méndez y Andrés Bello, hubiera naufragado como naufragaron otros buques, —como, por ejemplo, naufragó el bergantín “Neri” que traía de regreso a la patria a Juan Vicente Bolívar y Palacios, el hermano mayor del Libertador, después de su discutida misión diplomática en los Estados Unidos? Sin duda, aquél habría sido un cataclismo de proporciones inimaginables. Pero, dentro

de lo espantosamente trágico que habría sido perder a Simón Bolívar antes de iniciarse su epopeya gloriosa, y con él a López Méndez, y a Bello sin dar oportunidades a su incomparable magisterio, habría que hacer la observación de que ya para ese momento Andrés Bello había hecho obra de proporciones nada comunes. Si se le incluyó en la misión, fue por su sobresaliente preparación y su vasta capacidad intelectual, que explican la confianza con que Roscio le escribe, a los pocos días de su partida: "Memorias a los compañeros. Consérvese Usted. Ilústrese más para que ilustre a su patria".

El Andrés Bello que sale de Caracas antes de cumplir veintinueve años, es ya un hombre cabal, un intelectual admirado, una figura de reconocido prestigio. Es un universitario que ha asimilado enseñanzas de los mejores maestros que la tradición humanística hizo florecer en la pequeña pero culta capital colonial. Es un lingüista que ha descollado en el conocimiento del latín y ha aprendido, casi con sus solos medios, el francés y el inglés. Es un poeta cuyas producciones merecieron elogiosas apreciaciones de los críticos del siglo pasado y las han merecido del actual.

Paz Castillo destaca su "Oda a la Vacuna" y en verdad que, leyéndola de nuevo y aunque el asunto nos produzca la aprensión de un tema de circunstancia, notamos la cadencia y observamos la arquitectura de las Silvas Americanas que desde Londres serían el manifiesto de independencia cultural de nuestros pueblos.

Es un lector ávido de libros que le llegan por todos los conductos y un traductor inigualable, lo mismo de Virgilio que de Voltaire. Es un recio intelectual capaz de imponerse en Londres la disciplina de aprender el griego sin maestro hasta hallarse en capacidad de enseñarlo; es un "scholar" apto para asimilar conocimientos y realizar laboriosas investigaciones sin asistir a las aulas de una universidad, sino valiéndose de sus propios conocimientos para procesar el rico material que halló a su alcance durante su larga y forzada permanencia en Inglaterra.

El Andrés Bello que salió de Caracas en 1810 había manejado la imprenta y transitado las rutas fasciantes del periodismo. Era el funcionario que durante ocho años había aprendido a dominar los resortes de la administración pública. Era el maestro que había experimentado la fruición de despertar inquietudes y transmitir ideas a discípulos, entre los cuales uno, el futuro Libertador —que lo invocaría con orgullo— habría de resplandecer para siempre como la figura más brillante de América. Era el filólogo que se había adentrado por los sutiles vericuetos del lenguaje y el filósofo que había subido a las más penetrantes disquisiciones. Era el cultor de la ciencia que podría después aventurarse sin pilotaje ajeno por las áreas diversas del conocimiento

científico. Era el historiador capaz de resumir y de explicar con tino y claridad la formación de Venezuela a través de tres siglos.

Era el amante de la naturaleza que respondió animoso a la invitación de Humboldt y Bonpland para intentar subir a la Silla de Caracas. Era el observador minucioso de la ecología tropical de cuya variada multiplicidad trataría después en sus mejores versos. Era el agricultor vocacional que sentía el deber de cultivar la tierra, el mismo deber que después recordaría en marmóreos apóstrofes a sus compatriotas latinoamericanos. Era el hombre completo, listo ya para formar familia, que contraerá matrimonio antes de un lustro de llegar a su nueva residencia y que dejará en su vida doméstica un testimonio y un ejemplo que redondeará su función primordial de educador.

Ese Andrés Bello caraqueño, polifacético, integral, maduro, sobresaliente ya en el cuadro de la emergente sociedad hispanoamericana, es el objeto del Congreso que estamos inaugurando hoy. La Comisión Nacional del Bicentenario ha dispuesto convocar tres congresos anuales (Bello en Caracas, Bello en Londres y Bello en Chile), como preparatorios de un evento mayor, que en 1981 nos ofrecerá la oportunidad de hacer balance y evaluación de las numerosas áreas culturales que Bello trajinó en función de la realidad y el destino de nuestro Continente. Queremos constituirle así en motivo central para analizar a través suyo la realidad histórica sobre la cual actuó, para relacionar los personajes que influyeron en nuestro proceso vital, para entender causas y efectos en el devenir de los acontecimientos más importantes de nuestra existencia nacional y continental.

"Bello y Caracas" nos pondrá a la vista muchas facetas en su personalidad prodigiosa. A través de autorizados investigadores y de calificados pensadores, este Congreso refresca el significado de aquella época singular en que a muy pocos años y a unos cuantos metros de distancia, iban naciendo en la misma ciudad figuras estelares que exaltarían el gentilicio y aportarían decisivo concurso a la forja de una fisonomía continental. Eran aquellos, precisamente, los años en que el proceso político venezolano se plasmaba en estructuras definidas como la Capitanía General, la Real Audiencia, el Consulado y la Intendencia; en que el antiguo Seminario de Santa Rosa, convertido en Universidad Real y Pontificia lograba realizarse como Alma Mater de la nacionalidad, y en que el café hacía su aparición como elemento transformador de nuestra economía. En verdad, el Bicentenario de Bolívar y de Bello coincide con el bicentenario de nuestra formación social.

Aspiramos a transmitir las reflexiones del Congreso a grandes sectores opinantes, y fomentar curiosidad por ellos en las nuevas generaciones. Datos a primera vista secundarios, pueden dar origen a interesantes planteamientos. Por ejemplo, las funciones de Bello como Secretario de la Junta Central de

Vacuna pueden servir como valioso antecedente de su concepción de la administración pública y abonar razones para explicar la seguridad con que supo moverse en el rol que le correspondería después en la organización del Estado chileno. Y su experiencia como caficultor explicará mejor que nada ese amor por la flora tropical que supo verter de modo inigualable en las delicadas estrofas de la silva "La agricultura de la Zona Tórrida". Decía Bello, en efecto, en carta a Antonio Leocadio Guzmán, un año antes de su muerte: "A lo que dije entonces, me es grato añadir ahora que, entre aquellas muestras, vino una que me fue particularmente agradable: un saco de café de la hacienda de El Helechal, que, durante algunos años, fue propiedad mía y de mis hermanos, y en la guerra de independencia pasó a otros dueños. Siempre que tomaba una taza de aquel exquisito café, me parecía que se renovaban en mí las impresiones, y la perfumada atmósfera en que se produce, enlazadas con las pequeñas aventuras de la época más feliz de mi vida". ¿Cuál es la historia completa de esa posesión de El Helechal? En este Congreso se conocerá el expediente de su adquisición "en arrendamiento perpetuo", encontrado y presentado por don Manuel Pinto. La solicitud de quince fanegadas "para una pequeña plantación de café" fue hecha en agosto de 1806, por Andrés Bello, en nombre propio, de su señora madre y sus hermanos, y el acto de mensura y entrega, después del pronunciamiento del Cabildo de Petare y de otras autoridades, tuvo lugar el 16 de diciembre de aquel año. Documentos de Cumaná, cuya transcripción debo a Luis Enrique Berrizbeitia, propietario actual del inmueble existente en el mismo lugar, acreditan, por otra parte, que el 15 de octubre de 1806, Don Antonio Aldecochea, por poder de doña Ana López, viuda del Fiscal de Real Hacienda Licenciado Bartolomé Bello, en su nombre y el de sus hijos, vendió al Dr. Josef Rodríguez de Astorga y Carrera la "casa de alto, fabricado su primer cuerpo de mampostería y el segundo de bajareque doble, cubierta de tejas, que construyó el expresado Fiscal y dejó por su fallecimiento" en aquella ciudad, en la Plaza del Puente, con 22 varas de frente y 44 de fondo. Para la venta, Doña Ana otorgó el poder al procurador Aldecochea, el 30 de junio de aquel preciso año: ella misma lo firmó en aquella ciudad, ante el escribano público José Antonio Ramírez y no parece aventurado suponer que la acompañaba su hijo Andrés, que iba a cumplir 25 años. En el documento se manifiesta que la venta se hace "por estar en la necesidad de pagar varias deudas que dejó su marido, e invertir su residuo en destino que le sea útil y provechoso tanto a ella como a sus hijos para su subsistencia", y que el precio —sin duda para entonces muy representativo— fue de 10.340 pesos, "en que no se comprende el suelo por ser de la ciudad" el cual "se transfiere en los mismos términos de efiteusis en que lo tenía el difunto por prohibir el Rey su enajenación en propiedad".

Ese destino "útil y provechoso" del remanente del precio obtenido por la casa de Cumaná fue, seguramente, la haciendita de café de El Helechal, en la zona de Mariches. Pero al propósito lucrativo se unía —y pienso que llegó a sobreponerse— la relación hombre naturaleza, tan propia de un descendiente de canarios, expresada con delectación en algunos versos de la Silva, pero sobre todo, en estos, más concretos, de sus borradores de poesía, que destaca y comenta en el prólogo del tomo II de sus Obras Completas el Pbro. Pedro Pablo Barnola:

*Así vestida
una y otra ladera
se ve de suave-olientes cafetales
en El Hatillo, y donde sus reales
asentaba otro tiempo la aguerrida
gente mariche y donde el teque fiero.*

13

¿Cuántas cosas más podrían decirse, y seguramente se dirán, en el desarrollo de este Congreso sobre "Bello y Caracas"? De lo que no se hablará será de la absurda y torpe calumnia que intentó presentarlo como delator de los proyectos de independencia de 1810, que años más tarde circularía y que le produjera honda amargura, aunque se limitó a responderla con los piadosos y conocidos versos de "La oración por todos". ¿Para qué hablar nuevamente de algo que ya desapareció totalmente en la conciencia de Latinoamérica, que reconoce a Bello como figura excelsa en los niveles del más elevado procerato? Si alguien tuviera duda todavía, bastaría aconsejarle que se lea las cartas de Roscio, reveladoras de un afecto, de una admiración y de un respeto por el joven Bello, que el artífice de la Declaración de Independencia no había podido tenerle si hubiera sospechado una mínima sombra de su conducta.

Lo que en definitiva habrá de dejar este Congreso es reafirmar la base de sustentación sin la cual la figura prodigiosa de Bello no habría podido concebirse. El Andrés Bello que salió de Caracas en 1810 no fue un becario adolescente llevado a los mejores institutos de enseñanza para que adquiriera cultura: fue un sabio ya formado, apto para elevar el cúmulo de sus conocimientos y profundizar lo hondo de sus investigaciones aprovechando los recursos que el medio le ofrecía y que habrían sido negativos para cualquiera que no tuviera su inmensa capacidad y el acervo cultural que llevaba consigo.

A medida que repasamos más la vida de Bello en Caracas, sus estudios, sus conocimientos y sus actividades, más nos convencemos de que allí está perfectamente diseñado el Bello de Chile, el que desde aquella nación hermana irradiará su luz por todo el Continente. El Bello universitario, el Bello

educador, el Bello filósofo, el Bello jurista, el Bello legislador, hasta el Bello internacionalista, el Bello constructor de la administración pública, el Bello periodista, el Bello científico, el Bello gramático, en fin, el Bello patriarca de las letras americanas, el Bello primer humanista de América, tienen su germen y sus primeros y macizos frutos en el Andrés Bello caraqueño. Caraqueño, no porque un accidente lo hubiera hecho nacer en Caracas, sino porque en Caracas se forjó a plenitud, para las humanidades, para el arte y para la infatigable acción constructiva.

14 Y una consideración final. Si según Menéndez y Pelayo —en frase que frecuentemente hemos repetido— “la *Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana*” fue “el más original y profundo de sus estudios lingüísticos”, y si al publicarla en Valparaíso en 1841 el mismo Bello afirma: “me he determinado a sacar esta obrilla de la oscuridad en que hace más de treinta años la he tenido sepultada; y después de una revisión severa, que me ha sugerido algunas ilustraciones y enmiendas, me he decidido por fin a publicarla”, la conclusión es clara: ese estudio, considerado como el más original y profundo, es fruto directo de Caracas. ¿Llevó, acaso, los manuscritos en el bergantín “Wellington”? Probablemente. Hay otros papeles suyos de época caraqueña que aparecieron en Chile sin haberlos mandado a buscar. No los tomó consigo porque pensara no volver; pero sí porque estaba trabajando en ellos y porque se dio cuenta de que se iniciaba una revolución, cuyo devenir era incierto. Si el bergantín “Wellington” hubiera naufragado, nunca quizás habríamos conocido la *Análisis ideológica*; pero ello felizmente no ocurrió y esa obra maestra quedó como la mejor evidencia de la talla prócer que ya había adquirido aquel hombre de 29 años que salió por el anchuroso Mar Caribe en los inicios de la Gesta Magna, y como el mejor motivo para hacernos sentir orgullosos de su formación netamente venezolana y de la impronta que su patria dejó marcada en su ser y en sus ejecutorias, que hoy constituyen el símbolo más relevante de la cultura latinoamericana.

Caracas, 19 de febrero de 1979.

II

ACERCA DE LA "INCOMPRENDIDA ESCALA" DE BELLO EN LONDRES

El día 10 de julio de 1810 llegó a Inglaterra, acompañando a sus paisanos Simón Bolívar y Luis López Méndez, el joven poeta y novel diplomático caraqueño Andrés Bello. No había cumplido 29 años. El 14 de febrero de 1829 partió para Chile, acompañado de su segunda esposa, con sus hijos Carlos y Francisco Bello Boyland, Juan, Andrés, Ricardo, Ana y Miguel Bello Dunn. Tenía 47 años. Había pasado casi diez y nueve en una escala que al principio supuso sería breve. Diez y nueve años durante los cuales era patente en sus escritos y en sus acciones el deseo constante "de dar la vuelta a su nativo suelo", como dice en su epístola en verso a su amigo y compadre el egregio patriota y poeta ecuatoriano José Joaquín Olmedo. Diez y nueve años en que no se movió de Londres, por carencia de medios y posibilidades: no hay constancia de que hubiera visitado siquiera el interior de las Islas Británicas; se habla de un posible viaje a París, pero la falta de recaudos y de comentarios hace poner en duda esa ausencia, que de ser cierta habría sido un relámpago. Diez y nueve años en los cuales tuvo que luchar y sufrir, padecer y esperar, pero a través de cuyo decurso supo también y, sobre todo, amar y aprender. Diez y nueve años de superación, de purificación, de sublimación de la potencialidad de un espíritu que ya estaba forjado cuando arribó a playas europeas y de la capacidad formidable de un intelecto que ya estaba logrado y dotado de la fuerza necesaria para asimilar los tesoros que le ofrecía el ambiente, para atender el recado de Roscio: "ilústrese más para que ilustre a su patria".

En Londres tuvo pocos amigos, aunque de muy alta calidad. No pudo concurrir a una Universidad, pero convirtió en aulas para saciar su sed intelectual el Museo Británico, la casa de Miranda y todo el florecer estupendo acumulado en la capital británica, en trance de convertirse, a partir de las guerras napoleónicas, en capital del mundo. Hecho para el hogar, no soportó

una larga soltería. Antes de cumplir cuatro años en Inglaterra contrajo matrimonio: la novia era una chica de sonoro nombre irlandés, Mary Ann Boyland, que no había cumplido veinte años. Bello no contaba todavía treinta y tres. El tierno amor de la primera esposa a la que con el salmista encomió,

*porque su estima sobrepuja
largamente a la de las piedras preciosas*

16

fue para él como una exhalación; pero le dio tres hijos, de los cuales el primero llevó el nombre de su hermano Carlos, el segundo el de Francisco —que, como observa Salcedo Bastardo (y aunque también era un nombre familiar), debió llamarse así por Miranda, fallecido en el año anterior—, y el tercero, Juan como el abuelo, que murió pronto, lo que le llevó a repetir el mismo nombre con el primer hijo de sus segundas nupcias. Fallecida Mary Ann de veintisiete años, se casó Bello tres años después con Elizabeth Dunn, la mujer fuerte y pulcra que le daría once hijos, amante devoción y fidelidad entrañable y que le haría decir en “La Oración por Todos”:

*... Sencilla, buena,
modesta como tú, sufre la pena,
y devora en silencio su dolor.
A muchos compasión, a nadie envidia,
la vi tener en mi fortuna escasa;
como sobre el cristal la sombra, pasa
sobre su alma el ejemplo corruptor.*

En Londres pensó, estudió, escribió, creó, maduró, preparó afanosamente ricos almácigos que aspiraba sembrar en su “fecunda zona”. Por mucho tiempo y por algunos todavía, se pretende rodear los motivos de su definitiva ausencia de un halo de misterio. Para quienes gozan en inventar debilidades a las personalidades gigantescas de la historia, la sombra de la duda se presta para pintar un Bello desafecto a su solar nativo, desvinculado de su patria y de los suyos, o para dibujar, por el reverso, a un Bolívar despótico e indiferente que por insensible egoísmo lo dejó perder para Venezuela. Esa sombra, en realidad, no existe. Bello no volvió aquí porque no pudo; porque unas circunstancias tras otras fueron interfiriendo su ansia de regreso: ya porque el dominio realista unas veces le cerraba el camino de Venezuela, o de Cundinamarca o Buenos Aires, adonde intentaba trasladarse, bien porque otras veces el éxito de los patriotas le hacía más necesario

en Londres, donde era menester una diplomacia de óptima calidad. De que Bello quería definitivamente regresar, la mejor prueba fue su decisión de irse a Chile, que en frase de Bolívar era en aquel tiempo "país de la anarquía", en vez de acogerse a la misión diplomática que el Vicepresidente y el Ministro de Relaciones Exteriores de la Gran Colombia le ofrecían en París. De que Bolívar, en medio de sus tribulaciones, se dio cuenta de la necesidad de reintegrar a Andrés Bello a su patria, lo demuestra la estupenda carta a Fernández Madrid, que contiene aquella expresión insuperable: "y yo le amaba con respeto": "Persuada Ud. a Bello que lo menos malo que tiene la América es Colombia, y que si quiere ser empleado en este país, que lo diga y se le dará un buen destino. Su patria debe ser preferida a todo, y él digno de ocupar un puesto muy importante en ella. Yo conozco la superioridad de este caraqueño contemporáneo mío: fue mi maestro cuando teníamos la misma edad, y yo le amaba con respeto". Hay que recordar que no era fácil entonces un viaje transoceánico; que el correo era aún más lento de lo que a veces se hace en los tiempos actuales; que Bello no podía movilizarse solo, porque no podía dejar a la intemperie una esposa cargada de hijos, que constituían su verdadero patrimonio. Y que Bolívar y la Gran Colombia habían muerto cuando el contenido de aquella carta pudo llegar a conocimiento de Bello.

17

Lo dicho explica la denominación que hace unos cuantos años me atreví a dar a la etapa londinense de la vida de Bello: la "*incomprendida escala*" de Bello en Londres. Entonces dije que la idea constante del regreso, que en 1828 y 1829 llega a ser obsesión, marca con un signo especial sus seis mil y más días de residencia en Londres. Que fue, durante todos ellos, un *transeúnte*. Aunque se hubiera casado dos veces y las dos con damas que no llegaron a dominar la lengua castellana, aunque hubieran nacido en la Isla sus primeros ocho hijos, era y seguía siendo eso: un transeúnte. En el viaje de su vida, Londres no era un puerto de destino. Era *una escala*. Y ello justifica la densa oscuridad que rodea tan larga época y que hace tan difícil comprender el verdadero sentido de esa etapa.

Pero no quiere ello decir que, por tratarse de una escala, el tiempo vivido en Gran Bretaña hubiera de ser perdido para él. Si le hubiera tocado pasar diez y nueve años en un país salvaje, a buen seguro que la formidable inteligencia de Bello y la preparación fundamental que llevó de Caracas le habrían convertido en un sabio observador de la naturaleza, en un extraordinario científico. Le tocó nada menos que Londres y allí pudo encontrar a su alcance, desde los materiales para decantar sus valiosísimos estudios filológicos, hasta los elementos integradores de una nueva concepción filosófica, de una vasta cultura jurídica, de una concepción lúcida del derecho de gentes

y de una expresión insuperada del mensaje poético. En una de sus revistas manifiesta: "Londres no es solamente la metrópoli del comercio: en ninguna parte del globo son tan activas como en la Gran Bretaña las causas que vivifican y fecundan el espíritu humano; en ninguna parte es más audaz la investigación, más libre el vuelo del ingenio, más profundas las especulaciones científicas, más animosas las tentativas de las artes".

18 Releyendo lo que en torno a la "incomprendida escala" dijimos en una remota Semana de Bello, no resistimos al deseo de repetir algunos conceptos entonces expresados. Indiscutiblemente —dijimos—, Bello en Londres se completó a sí mismo. Aun la experiencia del dolor pareció providencialmente llevarlo a integrar su personalidad. La influencia inglesa aparecerá más tarde en su filosofía, en su pedagogía, en su concepción equilibrada de la vida política. Hasta en literatura, su propio testimonio se ha invocado para recordar que en Inglaterra iba a tener lugar el franco encuentro, apenas iniciado en la Colonia, con el romanticismo, morigerado por él muy a la inglesa, en su poesía, que es a la vez clásica y romántica. La Gramática, que había nacido para él en Caracas y dado un fruto de tan fina sazón como el Análisis Ideológico, en Londres va tomando consistencia de inaplazable necesidad americana.

Pero, al mismo tiempo, —observábamos—, lo fundamental de sus adquisiciones en Londres no ha sido, con frecuencia, suficientemente destacado. Todas las valiosas investigaciones que hizo, sus estudios de griego, las geniales interpretaciones del Poema del Cid, sus ideas de reforma ortográfica, palidecen ante una adquisición fundamental: la *conciencia de América*.

Bello en Londres adquiere la plena conciencia de lo que es su América; de lo que ella puede y de lo que no puede. La confronta, la hombra, la contrasta con la Europa representada en Londres que se prepara a ser la capital del Viejo Mundo. Sobre todo, la *siente*. De lejos puede verla mejor en su íntegra realidad. La *intuición* y *experiencia* de América, que lleva de Caracas, se convierten durante los diez y nueve años de su ausencia, en *reflexión* y *emoción* de América. Aquella que señala en la "Alocución a la Poesía":

*tiempo es que dejes ya la culta Europa
que tu nativa rustiquez desama
y dirijas el vuelo adonde te abre
el mundo de Colón su grande escena.*

Está en la capital del mundo y ante ella comparece como mandatario de un continente que exhibe personería nueva. Le incumbe, también a él, explicar qué es América, qué tiene y puede América, hacia dónde va América.

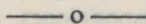
Para responder esas preguntas tiene que formulárselas primero a sí mismo, meditar sobre ellas, formar una idea clara de la respuesta que deben tener. Entonces se robustece en él la idea de Hispanoamérica como unidad, de Hispanoamérica como libertad, de Hispanoamérica como posibilidad creadora (de Latinoamérica, podríamos decir, al tono prevalente en nuestros días).

Su amistad con los hispanoamericanos refugiados en Londres facilita esta comprensión integral. La idea de la patria se ensancha con la lejanía. Acaba de surgir un mundo nuevo y hay que darle fisonomía. Por ello, una *Biblioteca Americana*. Por ello, un *Repertorio Americano*. Desde Londres, publicar estas revistas era un prodigio que a sus contemporáneos admiraba. Vista desde hoy, la empresa parece increíble.

El poema "América", concepción grandiosa que se quedó en los prólogos brillantes, es fruto de Londres. Allí aparecieron la "Alocución a la Poesía" y la silva "La Agricultura de la Zona Tórrida". Era su Continente que se asomaba al mundo. Después de Londres, Bello escribirá magníficas composiciones poéticas, pero el poema "América" se quedará en el mismo estado fragmentario que en Londres alcanzó. A la escala londinense de Bello hay que abonarle, pues, no sólo por la materialidad de su publicación, sino por la génesis y motivación, el nacimiento, con Bello, de la genuina poesía iberoamericana.

Fruto de las dos décadas de Londres es también el nacimiento del Derecho Internacional Latinoamericano en la concepción de Andrés Bello. Llegó a Londres formado en las disciplinas jurídicas, llevaba la pasión jurídica que le acompañó toda su vida: en su labor creadora, concebía el Derecho como base fundamental de la vida social de los pueblos. Pero es en Londres donde tiene que ver a fondo los problemas del Derecho Internacional. Los busca en las certeras construcciones de los juristas británicos y en los esfuerzos hechos por los norteamericanos para enrumbar su nuevo Estado.

En Londres y, después, en Chile, Bello se sabe trabajando para una causa que no cabe en las fronteras estrechas de una soberanía. No cabría en su país de nacimiento, como no cabía en Chile. En Londres y después de Londres, Bello aprende, enseña, escribe, legisla y educa para Latinoamérica.



La Comisión Nacional del Bicentenario de Andrés Bello ha preparado este Congreso sobre *Bello y Londres* para celebrarse en fecha cercana al 198º aniversario de su nacimiento. Uno anterior se celebró, con bastante éxito, sobre *Bello y Caracas*. El próximo año tendrá lugar el Congreso sobre *Bello*

y Chile. Y dentro de dos años, en 1981, aspiramos a que la aportación fundamental de la conmemoración del bicentenario de Bello a la cultura de América Latina sea la celebración de uno o varios Congresos que hagan inventario y evalúen lo que ha ocurrido en estos dos siglos en nuestro Continente en los diversos campos del pensamiento que Bello cultivó. Se tendrá así, en torno a él, un conocimiento mayor de lo que los pueblos latinoamericanos, compendiados, según la frase bolivariana, en “una nación de Repúblicas”, han realizado para enrumbar las hazañosas andanzas del espíritu en el ámbito continental y universal.

Este Congreso de *Bello y Londres* reúne en La Casa de Bello a un grupo notable de especialistas de Europa y América. No vienen tanto a evocar, como a investigar. No desean solamente interpretar, sino precisar y determinar. Se proponen valorar esfuerzos y señalar influencias. Determinar los manantiales que en Europa llevaron agua fresca a las maravillosas fuentes del pensamiento y de la obra de Andrés Bello.

20

En los días del Congreso veremos pasar ante nosotros la imagen del Londres que Bello habitó, de los españoles y americanos cuya amistad Bello cultivó, de los filósofos cuyas ideas Bello analizó, de los juristas cuya sabiduría Bello asimiló, de los políticos cuya sagacidad Bello valoró, de los educadores cuyos sistemas Bello profundizó, de los círculos intelectuales que en lo posible Bello frecuentó, de los libros que Bello manejó, de los diplomáticos que Bello observó, de los literatos que Bello conoció, de los infolios que Bello escudriñó, de los ambientes que Bello aprovechó, de las publicaciones que Bello realizó.

La impaciencia, según dijo a Fernández Madrid, lo empujó en 1829 a volver a pisar tierra de América. No podía esperar más. Se llevaba en el alma sentimientos contradictorios de pesar y de dicha que hacían a Londres para él —antes de que el transcurso del tiempo fuera quedando sólo el dulce sabor de los gratos recuerdos— una ciudad “*por tantos títulos odiosa para mí, y por otros tantos digna de mi amor*”. Lo impulsaban el sentimiento americanista madurado en Europa, el temor a la vejez que consideraba cercana y la preocupación por sus considerables responsabilidades familiares. En carta a Bolívar, en 1827, decía: “Estoy ya a las puertas de la vejez, y no veo otra perspectiva que la de legar a mis hijos por herencia la mendicidad”. Pero la Providencia tenía para él otras disposiciones. Arribó a Chile antes de cumplir 48 años y murió en aquel país hermano cuando llegaba a los 84. Treinta y seis años de ciclópea labor y una descendencia por muchos títulos ilustre es la síntesis de la etapa chilena de su existencia, en la que se erigió, desde las “remotidades australes”, en Maestro de América. Pero esto es materia —muy rica, por cierto— para el Congreso que preparamos para el año que viene.

Adentrémonos en esta ocasión en lo que sus diez y nueve años londinenses significaron en la maduración de su descollante personalidad y en el carácter de la obra que en Londres realizó y de lo que desde Santiago le correspondería realizar después.

Caracas, 22 de noviembre de 1979.

III

LA CONJUNCION DE BELLO Y CHILE, LECCION Y EJEMPLO PARA LATINOAMERICA

23

Diez y nueve años había pasado en Londres el caraqueño Andrés Bello cuando se decidió a aceptar el ofrecimiento para ir a trabajar en una tierra remota que, expresando temores que el tiempo desvanecería, él mismo había llamado, en la carta a Gual de 1824 en que expresaba lo duro que le sería renunciar al país de su nacimiento, "los toto divisos orbe chilenos". Habían sido, los de Londres, diez y nueve años de reflexión sobre el destino de América, de estudio sobre los problemas de América, de angustiada preocupación sobre las necesidades y carencias de América. Diez y nueve años durante los cuales pudo elaborar en su espíritu el intuitivo mensaje americano de Miranda, durante los cuales se esforzó en cumplir la iluminada consigna de Roscio ("ilústrese más para que ilustre a su patria"), durante las cuales siguió y sufrió desde el otro lado del Atlántico, la brillante trayectoria y el dramático desenlace de Bolívar. Diez y nueve años en cuyo transcurso maduró el hombre ya formado que había salido de Caracas en 1810, se decantó el humanista que había llevado sólido basamento y se familiarizó con las ideas, corrientes y enseñanzas que campeaban en los países más adelantados del mundo. Diez y nueve años al cabo de los cuales ya tenía en torno suyo, una familia que representaba el más urgente compromiso de regresar a tierra americana, a plantar sus almácigos para que se desarrollaran con lozanía en los dilatados campos del "*mundo de Colón*" y pudieran dominar "*su vasta escena*", como lo insinuaba a los poetas americanos.

Fue rasgo genial en Mariano de Egaña presentir la formidable capacidad de construcción que había en aquel hombre maduro, de cuarenta y ocho años, que parecía más viejo por la ponderación de sus actos, pero que resultó muy joven para poner en marcha una ilimitada posibilidad de creación en la nación austral donde encontraría su nueva patria. Impresionan, en efecto, los términos con que Egaña describió las capacidades de Andrés Bello para recomen-

darlo a su Gobierno. Sus frases de entonces demuestran una valoración cabal de la personalidad del caraqueño:

“En ninguna circunstancia, habría omitido dar a Usía cuenta de la oportunidad que hoy se ofrece a Chile de hacer una adquisición importante en la persona de un excelente empleado; pero en el día que, según concibo, se halla vacante, por renuncia de Don Ventura Blanco, el destino de oficial mayor del ministerio de relaciones exteriores, recibo particular satisfacción en avisar a Usía que se puede llenar esta plaza con gran ventaja del servicio público.

“Don Andrés Bello, ex-secretario de la legación chilena en Londres, y que lo es actualmente de la legación colombiana en la misma corte, se halla dispuesto a pasar a Chile, y a establecerse allí con su familia, si se le confiare el destino insinuado de oficial mayor, o algún otro equivalente, análogo a su carrera y a sus aventajados conocimientos.

24

“La feliz circunstancia de que existan en Santiago mismo personas que han tratado a Bello en Europa, me releva en gran parte de la necesidad de hacer el elogio de este literato; básteme decir que no se presentaría fácilmente una persona tan a propósito para llenar aquella plaza. Educación escogida y clásica, profundos conocimientos en literatura, posesión completa de las lenguas principales, antiguas y modernas, práctica en la diplomacia, y un buen carácter, a que da bastante realce la modestia, le constituyen, no sólo capaz de desempeñar muy satisfactoriamente el cargo de oficial mayor, sino que su mérito justificaría la preferencia que le diese el gobierno respecto de otros que solicitasen igual destino.

“Usía me permitirá aquí una observación: tal es hacerle presente la necesidad en que se halla el gobierno de atraer a las oficinas de su inmediato despacho personas que tengan conocimientos prácticos del modo con que giran los negocios en las grandes naciones que nos han precedido, por tantos años, en el manejo de la administración pública. Esta experiencia, que no es posible adquirir sin haber residido por algunos años en Europa en continua observación y estudio, y con regulares conocimientos anticipados, nos sería muy provechosa para expedir con decoro y acierto los negocios, y aparecer con dignidad a los ojos de las naciones en nuestras transacciones políticas”.

Sólo que ni aun el propio Egaña habría podido imaginar todo lo que iba a ser la obra de Andrés Bello durante sus treinta y seis años en Chile. Cuando uno se pone a enunciar apenas sus trabajos y describir lo que significaron la Gramática, el Código Civil, los Principios de Derecho Internacional, la Filosofía del Entendimiento, la Ortología y Métrica, las poesías de la época de Santiago, sus trabajos gramaticales, sus escritos sobre educación, los ensayos de crítica literaria, los opúsculos jurídicos, los estudios de historia y geografía, la Cosmografía y opúsculos científicos, se encuentra con un ver-

dadero hombre del Renacimiento. Pero no se trata sólo de un escritor, por vastos que hayan sido los campos abarcados y por mucha que sea la profundidad de sus obras. Al mismo tiempo que producía en las letras, era el director de la política internacional de la República de Chile, el Rector de la Universidad y Presidente del Consejo Nacional de Instrucción, el redactor principal del periódico *El Araucano*, el Senador, el autor de documentos y mensajes de Gobierno, donde se revela el estadista que concibió la organización administrativa del Estado chileno, un modelo, como cada una de sus obras, para toda la América española, y simultáneamente, con la dulce y paciente cooperación de su segunda esposa Doña Isabel Dunn, levantaba una prole que ha brillado a través de diversas generaciones en las letras, en el arte, en la política, en la ciencia.

Esto no era fruto exclusivo de su inteligencia formidable y de su infatigable laboriosidad. Fue posible porque Chile dio la oportunidad, recibió la enseñanza, aprovechó sus esfuerzos, estimuló sus iniciativas y maduró su obra. Fue una conjunción excepcional entre un país dispuesto a superarse y un maestro que no dejaba un momento de pensar, de realizar y de enseñar.

En cualquier parte adonde le hubiera tocado recalar, Bello habría dejado una gran obra, reveladora de su personalidad. Pero en Chile pudo hacer más que en cualquiera otra parte. Porque en Chile había una generación brillante y sólida que supo entender lo que tenía entre sus manos, que supo conocer a fondo la realidad de su país y que supo apreciar lo que significaba Bello. Me atrevo, por tanto, a afirmar, que de la obra de Bello en Chile fueron artífices también aquellos hombres, como Diego Portales, como Manuel Montt, como Prieto, como los Egaña, que se decidieron a hacer, de lo que Bolívar había calificado con cierta amargura como "el país de la anarquía", una nación pujante, próspera, seria, progresista, ordenada, ejemplo, entre sus díscolas hermanas, de una vida institucional y de una respetable cultura. Sin el empeño tenaz y la innegable perspicacia de esos hombres, Chile no habría sido lo que fue y Bello no habría podido lograr lo que alcanzó. No soy historiador, ni me cabe autoridad en el ramo para emitir un veredicto acerca de lo que cada uno de esos personajes significó en la historia chilena. Pero no considero aventurado aseverar que esa generación supo acostumar a un pueblo, inclinado como todos los nuestros a la arbitrariedad y a la violencia, al cumplimiento de las leyes, al funcionamiento regular de las instituciones, al cultivo de las ideas que engendraron en pacífica evolución las corrientes políticas que se disputaron el derecho de gobernarlo.

En este Congreso, el tercero de los que la Comisión Nacional ha organizado como preparación a las jornadas del Bicentenario, se hará un análisis completo y exhaustivo, no sólo de la obra de Bello en Chile, sino de lo que

era el Chile a donde llegó Bello en 1829 y de cómo fue y se desarrolló la sociedad chilena en el curso de los treinta y seis años del magisterio bellista. El primero de estos tres Congresos preparatorios que hemos realizado indagó numerosos aspectos de la vida de Bello en Caracas y de lo que fue la ciudad en que nació y se hizo persona el Andrés Bello que salió de Caracas en 1810: un hombre cabal, un humanista formado, un poeta estupendo, un filólogo y filósofo de brillante inteligencia, un funcionario de capacidad y experiencia. En el segundo, obtuvimos conocimientos llenos de interés sobre lo que hemos llamado la "incomprendida escala" de diez y nueve años de Bello en la ciudad de Londres, donde adquirió y fortaleció plena conciencia de América, donde escribió sus mejores poemas, donde indagó a fondo en la literatura medieval, en la filosofía moderna y en el Derecho Internacional del nuevo tiempo. Ahora vamos a penetrar intensamente en la vida chilena, que otros supieron impulsar y él logró orientar e iluminar con su magisterio, que desde el Cono Sur dio brillante fulgor a todo el Continente.

26

Chile, país al que los venezolanos queremos con agradecimiento porque reconocemos que le dio a Bello lo que necesitaba para redondear su figura de máximo exponente cultural de América Latina, ha mostrado a través de los años en su vida institucional la huella de Andrés Bello. En momentos de intensa confusión, un gran escritor chileno, Alone, observaba cómo el milagro de la conservación de los canales jurídicos era todavía un efecto de la labor de Bello. Comparaba con "un muro de cristal" las "vallas invisibles" que contenían el desbordamiento de las fuerzas encrespadas y presentaban en el mundo el testimonio de una nación dentro de la cual las pasiones encontraban, si no un freno, al menos una singular manera de contención a través de normas más vividas que escritas, derivadas de la conciencia de la juridicidad que un magisterio profundo había inculcado a las sucesivas generaciones.

"¿Por qué? ¿Hasta cuándo? —preguntaba angustiado—. He ahí la incógnita a los ojos extraños y extrañados. Se trata, al cabo, —decía— de fantasías, de palabras, de ideas, de valores intangibles, tradicionales, superiores e inermes. Es aquí donde la sombra del Maestro aparece proyectada en magnitud sobre el confuso panorama. El grande y efectivo adversario —continuaba— de los que niegan el derecho abstracto es el que lo codificó en un edificio inmaterial, sólido y consistente, en una trabazón racional tan compenetrada con el alma de la nación que no se le puede tocar sin hierirla y despertar clamores que parten las entrañas. Esa es la valla que los demás no ven desde fuera y que acaso muchos de puertas adentro no consiguen ver, como no se percibe lo que tenemos demasiado cerca, pero que lleva un nombre, tiene una fisonomía y se llama Bello".

Y concluía el artículo con estas dramáticas palabras: "No sabemos, nadie sabe nunca lo que reserva el porvenir y asistimos a una novela de suspenso que es nuestra historia misma, día a día; pero estamos seguros de algo y es que el ayer no podrá ser destruido sin que las ruinas cubran el territorio nacional y de que sobre ellas sigan flotando ciertas palabras magistrales donde encarnó el espíritu. Bello sigue siendo todavía en Chile, un adalid" (Artículo "La Imagen de Bello y la Revolución Chilena", en *El Nacional*, 7º Día, Caracas, 16 de julio de 1972, reproducido en *El Mercurio* de Santiago, el domingo 29 de octubre de 1972).

Aquella conciencia de juridicidad, a pesar de todos los rigores e inclemencias, sigue sólidamente inmersa en el modo de ser chileno y constituye la mejor esperanza para todos los que amamos a Chile. En Chile vimos siempre, a través de los años, un ejemplo de vida civilizada, de respeto a los derechos humanos, de pasión por la cultura, de ejercicio insobornable de una enseñanza inspirada en irrenunciables principios, de convivencia armónica entre las más variadas y opuestas concepciones filosóficas y los más diversos intereses políticos. Redescubrir al Bello que dedicó a Chile cerca de la mitad de su vida, al Maestro que produjo tan abundantes frutos, esparció tan copiosa semilla y hasta arrancó de su propio ser gajos para sembrarlos en aquella generosa tierra, es en cierto modo redescubrir a Chile, reevaluar el proceso de formación de las nuevas repúblicas hispanoamericanas, replantear las bases insustituibles para que el desarrollo pueda lograrse en una América Latina integrada, a base de la libertad de cada ser humano y de la soberanía de cada patria hermana.

El bicentenario del nacimiento de Andrés Bello, para cuya solemne celebración falta apenas un año, quiere ser, en el propósito de la Comisión encargada de organizar su conmemoración, no sólo una oportunidad para que el conocimiento de la figura de Bello se difunda con mayor amplitud y claridad en el ámbito extenso de las nuevas generaciones. No nos hemos interesado solamente en el hecho, de por sí hermosísimo, de que la imagen de Bello en bronce heroico vaya ocupando plazas o avenidas, presidiendo ambientes universitarios o bibliotecas de estudio. Hemos aspirado a que la fecha sirva de acicate para el mejor estudio de las variadas circunstancias de su vida y de la oceánica dimensión de su obra, pero, también, para el mejor análisis de la realidad americana y europea que sirvió de marco a su figura y para una más seria evaluación de lo que él aportó y de lo que después se ha hecho en los múltiples campos que abarcó su obra cultural. Estamos seguros de que este Congreso sobre Bello y Chile, prestigiado con la participación de valiosas cifras del pensamiento del nuevo y viejo mundo y honrado en el acto de instalación con la asistencia del Jefe del Estado y de prominentes personalidades de nuestro mundo intelectual y de otros sectores de la vida venezolana, será

una contribución importante y significativa y habrá de redundar en el fortalecimiento de la idea de que la América Latina no solamente asombró al universo con sus hazañas épicas, sino que representa un valor positivo y una potencialidad muy promisoría en el plano de la inteligencia. Bello y Chile en el Siglo XIX simbolizaron la conjunción perfecta entre un dirigente y un pueblo. Alone lo llamó "maridaje providencial", al señalar que "uno y otro, Bello y Chile, se convinieron". Actualizar las características ejemplares de aquella conjunción es renovar las esperanzas de nuestras gentes en dimensión continental. Es, sin duda, robustecer la fe en un destino mejor para toda la América Latina.

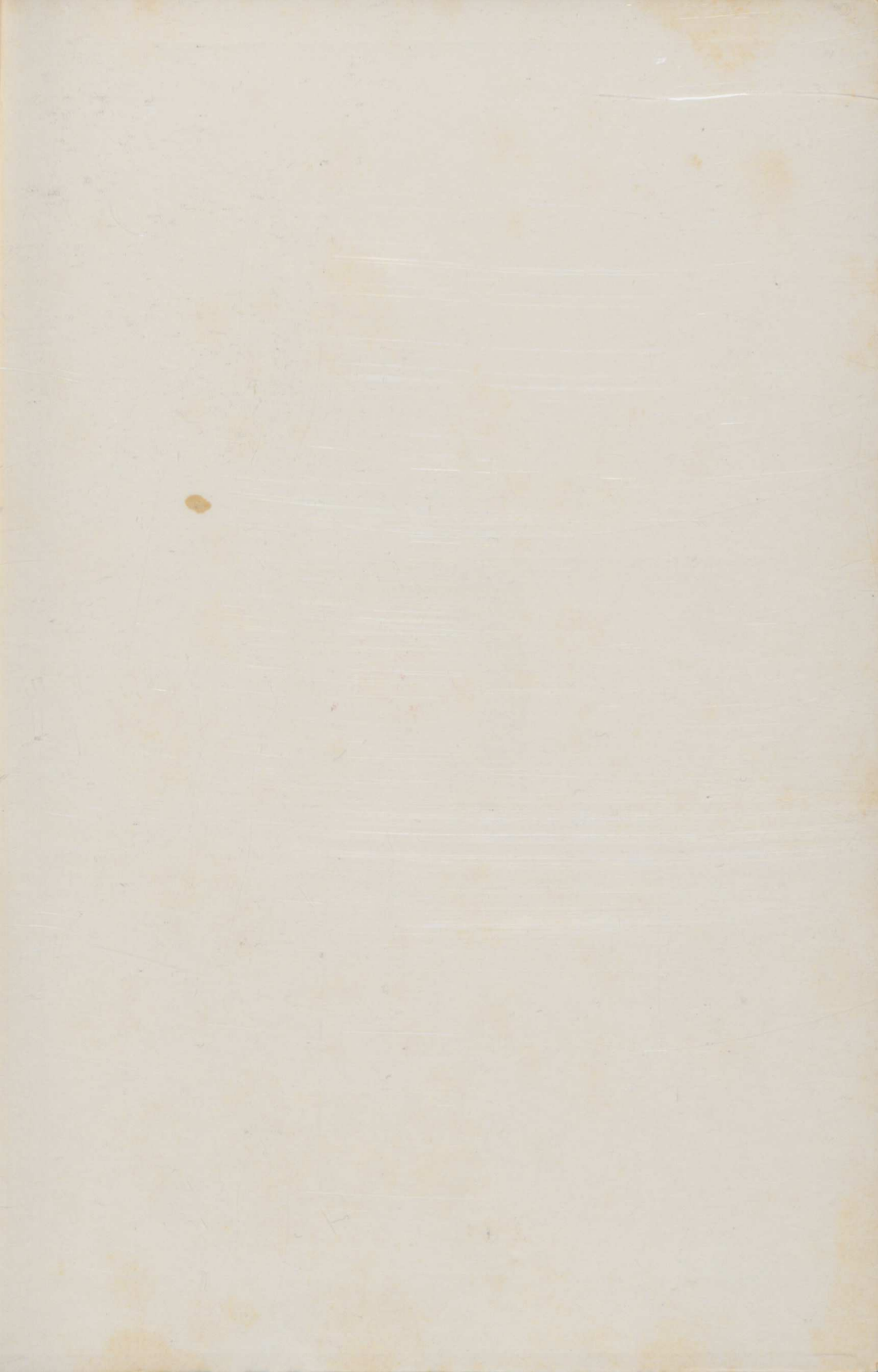
Caracas, 20 de Noviembre de 1980.

INDICE

	<i>Pág.</i>
Las tres etapas de la vida de Bello	7
I. El Andrés Bello que viajó a Londres en 1810	9
II. Acerca de la "incomprendida escala" de Bello en Londres ...	15
III. La conjunción de Bello y Chile, lección y ejemplo para Latinoamérica	23

ESTE LIBRO SE TERMINO DE
IMPRIMIR EN LOS TALLERES
DE CROMOTIP, EN CARACAS,
EL 13 DE MARZO DE 1981.

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE
IMPRIMIR EN LOS TALLERES
DE CROMOLIT, EN CARACAS,
EL 13 DE MARZO DE 1981.





La Casa de Bello